

REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS  
COMISION DE ALAVA



**D. Gerónimo Roure**  
**Genio y figura de la sanidad alavesa**

**Pedro Manuel Ramos Calvo**

EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA

ARABAKO BATZORDEA

*Dn. Pedro Manuel Ramos Calvo, presentó su trabajo de Ingreso como Socio de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País el día 16 de noviembre de 1989 en el Palacio Escoriaza Esquíbel.*

*La intervención del Sr. Ramos Calvo, versó sobre «D. GERONIMO ROURE, GENIO Y FIGURA DE LA SANIDAD ALAVESA».*

*El nuevo Socio de Número fue presentado por el Amigo César González Mínguez.*

*El presidente de la Comisión de Alava de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, Juan Antonio Zárate, impuso la Medalla de la Sociedad a Dn. Pedro Manuel Ramos Calvo.*

# **D. Gerónimo Roure, genio y figura de la Sanidad Alavesa**

EDITA:

Real Sociedad Bascongada  
de los Amigos del País

IMPRIME:

Imprenta Pradells, s.l.  
Miravalles 3  
01013 Vitoria-Gasteiz

DEPOSITO LEGAL:  
VI-104-1990

R. Gerónimo Bours  
genio y figura de la  
Santidad Alvarez

Presentación que hace César González Mínguez del nuevo Socio de Número de la R.S.B.A.P., Pedro Manuel Ramos Calvo.

Señoras y señores:

Se puede decir que, dentro de la vida social y cultural de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, la recepción pública de un nuevo Amigo de Número constituye uno de los actos más solemnes y, por qué no decirlo, también más gratos, por cuanto supone tanto una muestra de la vitalidad actual de nuestra veterana institución como el reconocimiento público de los méritos que adornan a quien pretende tal galardón. Pero acaso me interesa más destacar ahora el propio compromiso que implica para quien es así recibido de permanente vocación de servicio y entrega a la mejora y enriquecimiento, en el más noble sentido, de nuestro País.

Y en este rito de ingreso en la Bascongada me cumple hoy a mí el honor inmerecido de hacer la presentación del neófito, el Dr. Ramos Calvo, con cuya amistad me honro desde hace ya algunos años. No puedo en este momento sustraerme a la tentación de recordar mis primeros contactos con él, en el antiguo y entrañable Colegio Universitario de Alava, enfundado en su bata blanca, siempre tan atento como escaso de tiempo, mientras intentaba explicarme sus últimos progresos en la elaboración de su Tesis Doctoral o me mostraba los instrumentales de su complejo mundo científico, lo que siempre produce una natural sorpresa en el profano. Estar un rato con él tenía siempre un efecto saludable, pues infundía, y lo sigue infundiendo, optimismo y amor al trabajo. Algo que no siempre se encuentra en el mercado universitario.

Brevemente, abocetaré sus principales datos biográficos sin pretender abrumarles, como estoy seguro que lo haría si les enumerara la interminable lista de sus méritos, todavía más destacables si tenemos en cuenta su juventud, pues, en efecto, el Dr. Ramos Calvo tiene recién estrenada la treintena.

Aunque natural de Zamora, su vida académica y profesional se ha desarrollado básicamente en la Universidad del País Vasco, en cuyas aulas se licenció en Medicina y Cirugía en 1983. Posteriormente, tres años más tarde, obtuvo el grado de Doctor con la máxima calificación por la Universidad de Zaragoza.

Desde 1983 ha desarrollado una importante actividad como docente e investigador, en la especialidad de Anatomía Humana, dentro de la Sección de Medicina del Colegio Universitario de Alava y, desde 1988, en la recién creada Facultad de Farmacia de Vitoria, de la que es Profesor Titular por concurso-oposición.

A veces los fríos datos de la estadística pueden ser lo suficientemente elocuentes como para reflejar de modo perfecto la extraordinaria capacidad investigadora de su autor: 3 libros y 43 artículos son, creo yo, datos que nos ilustran con claridad su vocación como investigador, igualmente acreditada a través de los numerosos proyectos de investigación que ha dirigido o en los que personalmente ha participado, o de la presentación de varias ponencias y comunicaciones en Congresos Nacionales e Internacionales de su especialidad.

Quisiera destacar, por último, su labor de publicista, de divulgador de innumerables aspectos de la vida del Vitoria de antaño, que tiene su tribuna habitual en las columnas de la prensa diaria. Y, sin embargo, no se encierra en todo esto, con no ser poco, todo su quehacer profesional, que abarca también otros aspectos relacionados con el deporte o con la simple actividad literaria, sin olvidar tampoco su reciente nombramiento como Secretario del Centro Asociado de la U.N.E.D. de Vitoria o su incansable actividad como conferenciante.

Para terminar, permítanme recordarles que su discurso de ingreso como Amigo de Número en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País va a tratar sobre la figura de un famoso médico cordobés, el Dr. Roure Fernández, que ejerció la profesión en Vitoria en el siglo pasado, donde llevó a cabo una labor muy meritoria, justamente apreciada por sus coetáneos. Su discurso de ingreso, como podrán comprobar ustedes inmediatamente, les descubrirá la veta de humanista que adorna al Dr. Ramos Calvo, al igual que a otros muchos grandes profesionales de la Medicina española. Nada más.

Vitoria, 16 de noviembre de 1989

César González Mínguez

**D. Gerónimo Roure,  
genio y figura de la  
Sanidad Alavesa**

## **DON GERONIMO ROURE, GENIO Y FIGURA DE LA SANIDAD ALAVESA**

### **A modo de introducción**

Adiskide maiteok:

Ohore handia da niretzat hurrengo minutuak zuekin kultur areto honetan igarotzea, aldi berean moralki eta adiskidetasunez eskerrak eman beharrean aurkitzen nahiz. Lehengo Cesar Gonzalez Minguez jaunari bere hitzengatik, gehiago adiskidetasunez sortuak, errealitatez baizik. Gero zuei denoi niretzan den egintza bihotzezko eta maite honetara etortzearren, eta sendagile apal hau sahiatuko den arabako osasun horri disdiratsu batzuk aurkesten.

Decía en nuestra lengua materna, que representa para mí un gran honor compartir los próximos minutos con todos vosotros en este centro de cultura, al mismo tiempo que me considero en la obligación moral y amistosa de realizar antes que nada dos agradecimientos. En primer lugar a mi antecesor en el estrado, César González Mínguez, quien no sólo me honra con su afecto, sino también con sus agradables palabras, más fruto de la amistad que de la realidad. En segundo término, quisiera agradecer a todos vosotros la asistencia a este acto, tan entrañable, querido y deseado por mí, en el que un sencillo y docente galeno como yo tratará de presentaros algunas de las páginas más brillantes de la sanidad alavesa.

No es casualidad que nos hayamos citado en este antiguo y bello caserón, pues no en vano tiene mucho que ver con la ciencia médica vitoriana en general y particularmente la de allá por el siglo XV y XVI, período en el que fue habilitada por los personajes que le cedieron el nombre, D. Hernán López de Escoriaza, insigne médico y vitoriano de adopción, junto con su esposa, doña Victoria Esquíbel. Muchos de nosotros recordamos en la memoria las crónicas que nos detallan las dichas y desgracias del Dr. Escoriaza en la Corte del rey de Inglaterra y a la postre de las discordias, Enrique VIII.

Este médico, que desempeñó una fructífera labor en el inicial Hospital de Santiago Apóstol, al igual que uno de sus antecesores, David «el judío», quien podía vanagloriarse de ser el primer médico titular vitoriano conocido, y que ejerció durante las primeras décadas del siglo XV, marcan el inicio de un período cuyo objetivo no planificado era el de situar la sanidad alavesa a la cabeza de la del Estado, y donde el momento de máximo esplendor viene definido por la figura de D. Gerónimo Roure, objeto material de esta disertación, adoptando por objeto formal, su destacada, novedosa, eficaz y resolutive actividad médica.

Siempre han prevalecido en mi persona, junto a la inquietud galénica, una importante apetencia humanística, más bien histórica, quizás representadas por aquellas certeras palabras de D. Gregorio Marañón, donde se sentencia que «quien sólo sabe ciencia, ni ciencia sabe». Por este motivo me he dedicado con sumo agrado y durante algunos años de mi manifiesta bisoñez, a indagar, averiguar y rebuscar entre las páginas de la historia almacenadas en nuestros archivos y bibliotecas. Esto hizo que de forma inevitable topara reiteradamente con la vida y obra de nuestro biografiado, haciéndome comprender la significativa importancia y magnitud de su empresa, razones de peso que me obligan moralmente a describirnos la misma con la precisión, sencillez y condensación que el buen hacer nos impone, al mismo tiempo que también nos sirve de acertada excusa para realizar un breve repaso al quehacer médico alavés de la última centuria.

### Los comienzos

D. Gerónimo Roure y Fernández, al igual que el Dr. Escoriaza y otros insignes antecesores, era alavés de adopción, pues no en vano vio sus primeras luces en Córdoba durante el año 1824 en el seno de una familia con falta de estrecheces, lo que le permite cursar los estudios de primera enseñanza en su ciudad natal hasta cumplidos los diez años, momento éste en el que se inicia su andadura en el Colegio Nacional de Humanidades de la Asunción de aquella ciudad. Durante algo más de un lustro cursa las correspondientes asignaturas de Filosofía y

Letras, entregándose al estudio, y encontrando en los libros a sus mejores amigos. No sin esfuerzo, pero con decidida constancia, se hace merecedor de la calificación de sobresaliente en todas las asignaturas. Su admirable y buen comportamiento, junto con sus habituales y óptimas calificaciones hacen que al abandonar el Colegio todo el mundo lo recuerde como un discípulo aventajado. En 1841, y al mismo tiempo que el joven Roure debe elegir el destino de su vida, consigue ser titulado como bachiller en Filosofía en Barcelona.

El amor a la sabiduría, su atracción por el bien, ya sea físico o moral de los que le rodean, el deseo de bienestar para el cuerpo y el alma, hacen que las simpatías de D. Gerónimo se inclinen hacia los estudios de medicina. La economía familiar hace más libre su elección, e inicia su andadura universitaria con ardor, fe y verdadera vocación en el Colegio Nacional de Medicina y Cirugía de la ciudad condal. Con gran brillantez resuelve durante este período todos sus exámenes, hasta que decide, sin que conozcamos sus razones, trasladarse a Madrid para finalizar su licenciatura en el Colegio Nacional de Medicina y Cirugía «San Carlos». En esta última fase, no sólo alcanza las más meritorias calificaciones, sino que además se distribuye admirablemente para poder compaginar sus estudios de medicina con otros de botánica y agricultura. Finalmente, en 1845, accede al grado de Bachiller en Medicina, y en 1847, consigue el título de Licenciado en Medicina y Cirugía.

Tras esta dura y completa etapa de aprendizaje, donde quedan patentes su voluntad espartana y el amor que siempre ha profesado a la ciencia, Roure sueña con la puesta a prueba de su aptitudes, encontrando su primera oportunidad un año más tarde, en 1848, cuando opoita a una plaza de médico en el Hospital General de Madrid. Sin las protecciones ni favores habituales de la época, el joven opositor da muestras de su elevada y brillante preparación, al superar sin contratiempo todos los ejercicios de la oposición. Sin embargo, la plaza, y de una forma bastante oscura, no se le es otorgada a él, a pesar de mostrar a todas luces unos conocimientos envidiables. Esto no es sino un dato más de los turbulentos y difíciles momentos por los que atravesaba la sociedad española bajo el supuesto mandato de Isabel II, ayudada por militares como Narváez y Serrano, forjándose la Constitución de 1845, de acusado centralismo y la consecuente pérdida real de beneficios forales, así como la consolidación de la burguesía, mientras que en Europa se inicia la primera revolución de las clases trabajadoras y el llamado «Manifiesto Comunista», de Marx y Engels.

Nuestro joven biografiado no se desanima, y algunos meses más tarde de ese mismo año opoita de nuevo para el puesto de segundo ayudante médico en la Sanidad militar. En esta ocasión no sólo consigue la calificación de sobresa-

liente en los ejercicios, sino que además se hace acreedor a la plaza. De este modo pasa a prestar sus servicios en el Regimiento de Infantería de Cazadores de la Reina Gobernadora situado en las proximidades de la capital. Desde sus primeros días en el puesto, arduo es el trabajo que debe realizar, mostrando en cada momento una sabiduría ágil y admirable.

Día a día son numerosos los méritos que contrae en el ejercicio y práctica de tan noble profesión. No tarda en adquirir notable fama, por lo que en 1850 es destinado al Hospital Militar de Zaragoza, fortaleciendo en este puesto sus conocimientos de cirugía, practicando importantes y difíciles operaciones con singular acierto y feliz resultado. Durante esos días, y a la temprana edad de 26 años, publica su primera obra de carácter científico, encargándose de la traducción e incluso de la ampliación en más de la mitad del llamado «Tratado de Clínica Médica» correspondiente al afamado médico francés Martinet, obra que ha sido adoptada como texto básico en la preparación de muchas generaciones de galenos.

En 1852, D. Gerónimo es nombrado Secretario de la Academia Militar del distrito, puesto en el que apenas dura unos meses, ya que su interés primordial siempre había sido la práctica médica, y no la burocrática. Es por ello que durante los últimos meses de este mismo año regresa a la capital del Estado para ocuparse de la plaza de médico en el Regimiento de Infantería de América. Es precisamente durante estos días cuando conoce a una de las más distinguidas y bellas vitorianas de la época a decir de los cronistas, y nos referimos concretamente a la hija del médico titular de Vitoria, D. Antonio Fullá. La amistad que se profesan pronto se transforma en profundo cariño, precipitando la llegada de Roure a nuestra ciudad. Así, cuando en el verano de 1853 queda libre la plaza de Cirujano Titular de Vitoria, D. Gerónimo presenta su solicitud al puesto, al mismo tiempo que, como médico militar que todavía era, se le notifica su traslado como primer ayudante al ejército de Puerto Rico. En consecuencia, se ve obligado a elegir entre su estabilidad profesional o permanecer cerca de su prometida, familiares y amigos. Roure tiene fe en el futuro, en sus méritos, y decide no aceptar el nuevo destino, lo que llevaba implícita la solicitud de licencia absoluta en la milicia, la cual obtiene en pocos días. Ahora sólo le queda esperar el veredicto del tribunal vitoriano con relación a la plaza vacante. Los méritos del concurrente son lo suficientemente brillantes como para ser él el elegido en reunión de la Corporación Municipal vitoriana celebrada el día 26 de octubre de 1853. De este modo Roure sucede en puesto tan importante a hombres insignes como D. Juan Gil Fresno, D. Vicente Isaac, D. Melitón Pérez de Arteaga, D. Francisco Artigas, D. Antonio Braulio de Fuidio o D. Cipriano María de Uríbarri, entre otros, habiendo sido algunos de ellos también miembros de esta noble e ilustre

Sociedad. El 8 de noviembre toma posesión de su nuevo cargo, y pocas fechas después contrae matrimonio con su prometida, convirtiéndose de este modo en yerno del Dr. Fullá. Fruto de este matrimonio, afincado en la por aquellos días novísima calle de San Antonio, es un buen número de hijos, todos ellos notables vitorianos y vitorianas, destacando, por lo que a la medicina se refiere, el más pequeño de los varones, D. Carlos Roure, eminente galeno que durante las últimas décadas de ese siglo siempre mantuvo un gran prestigio profesional entre vitorianos, alaveses y otras muchas gentes.

Precisamente va a ser D. Antonio Fullá un gran ejemplo para Roure, además de compañero, amigo y suegro. Su experiencia, la notable inteligencia de la que era poseedor y en fin, sus continuados estudios, hacen de él uno de los más ilustres médicos alaveses de la centuria pasada. A lo largo de muchos años vela por la salud de todos y en especial durante momentos tan difíciles como la epidemia colérica de 1835. Este gran médico, junto con sus colegas D. Manuel de Urbina, D. Santiago Ruiz de Olano, D. Luis Orive o D. Santiago Coll entre otros evitaron que la enfermedad alcanzara en nuestra provincia características tan sumamente trágicas como las conseguidas en otras zonas del estado, e incluso en las provincias hermanas como Vizcaya, Guipúzcoa o la propia Navarra. A ello se deben un sin fin de desvelos, cuidados y estudios sobre el mal, así como una de las descripciones más ajustadas de la época, y que no puedo evitar el transmitirlos, pues como dijo D. Antonio, «es mucha la fortuna que algunos amasan con títulos engañosos, que demuestran hasta la evidencia, que este siglo que se supone el de las luces, es, a lo menos, el de los bribones».

Sin embargo, desde que el Dr. Roure se hace cargo de su nuevo puesto en el Hospital hacia el mes de octubre de 1853, no puede menos que mostrarse muy preocupado ante la situación que sufren otras provincias con motivo de la nueva epidemia colérica y ante la que Alava no puede descuidarse. Como Mayor del Hospital reorganiza la distribución del mismo, introduciendo como primera novedad importante la creación de salas especiales para coléricos. Al mismo tiempo, y en previsión de males mayores, dirige también el acondicionamiento de varias dependencias en el Hospicio vitoriano destinadas a los invadidos por la enfermedad, si los hubiere. Antes de finalizar 1853 es nombrado miembro Supernumerario de la Junta Provincial de Sanidad de Alava, primer órgano de sus características en el estado. En su seno D. Gerónimo desarrollará una amplia actividad preventiva.

Durante el mes de septiembre de 1854 y a instancias del Dr. Roure y en cumplimiento de la Real Orden de 18 de Enero de 1849, el alcalde de Vitoria, D. Juan

María Mano, forma la llamada Comisión de Salubridad, encargada de velar por el estado higiénico y sanitario de la capital. Son miembros de esta comisión, entre otros, D. José Páramo (cirujano titular de la capital) y el Dr. Roure como médico titular. Desde este momento se fragua una intensa amistad entre ambos doctores, forjando en un esfuerzo común grandes proyectos y futuras realidades que no sólo han protegido y salvaguardado la salud de todos sus conciudadanos, sino que sirvieron cuando menos para situar a la medicina de nuestra provincia en la vanguardia del Estado y de Europa. La demostración más palpable de todo esto se manifiesta en la creación durante la década de los setenta del llamado Centro de Vacunaciones y Revacunaciones de Vitoria, cuyos pioneros y creadores fueron ambos doctores, quienes a su vez comenzaron desde este local rigurosas y amplias campañas de vacunación contra la viruela.

La labor del Dr. Roure en la Comisión de Salubridad no se deja esperar y ya pocos días después de su fundación, éste informa a la misma del deplorable estado higiénico de la ciudad, donde «conviven en sus calles hombres, animales y toda clase de desperdicios y basuras». Propone para contrarrestar los posibles efectos de tan calamitosa situación la división de la capital en siete distritos o Juntas Parroquiales de Beneficencia, dotando a cada una de ellas con casas de socorro, enfermeros y médicos para la asistencia sanitaria, y también párrocos para proporcionar la necesaria ayuda benéfica y espiritual. Un organigrama sanitario como éste no fue concebido en ninguna otra población durante esta época, y sin duda alguna él es el responsable en gran medida de que la epidemia colérica de 1855 no adquiriera la trágica intensidad que desarrolló en otras zonas. Por estas mismas fechas es nombrado D. Gerónimo vocal supernumerario de la Junta Provincial de Sanidad Militar de la Provincia de Alava, cargo que compatibiliza a la perfección con su puesto en la Comisión de Salubridad.

Sea como fuere, el 27 de abril de 1855 aparece el primer caso de cólera dentro de nuestra provincia en Lapuebla de Labarca. Desde este momento la bacteria responsable, el *Vibrio Cholerae*, se extendió lentamente en todas las direcciones siguiendo el curso de caminos y ríos. En algunas zonas la situación fue extremadamente grave. Saturnino Ruiz de Loizaga nos la describe así: «los carros tirados de bueyes recorrían los pueblos recogiendo los cadáveres de los portales o bien los eran lanzados desde los balcones o ventanas; en muchos pueblos no había quien los enterrara, y numerosos eran los muertos que se hacinaban en los cementerios, mientras los sanos se dedicaban a las novenas y funciones religiosas». Durante los siete meses que duró la epidemia colérica de 1855 fueron casi 8.300 los alaveses afectados por la enfermedad, de los cuales más de 3.000 perdieron la vida.

Muchas fueron las medidas preventivas desarrolladas, numerosos los esfuerzos generosamente aunados frente a la epidemia. A lo largo de estas trágicas semanas el Dr. Roure, como gran higienista que era, se distribuye admirablemente entre el Hospital Civil de Santiago Apóstol, donde se crean y potencian las salas específicas para enfermos coléricos entre otras muchas cosas; la Casa de maternidad es mejorada notablemente durante esta época bajo la influencia de D. Gerónimo, ya que abandona de forma definitiva su antiquísima ubicación, y por cierto, nada aconsejable ni práctica de la llamada Casa de Perris, en el Campillo, utilizada tiempo atrás como hospital. También el Hospicio y el viejo Hospital Militar son objeto de numerosas mejoras, a expensas de posteriores traslados. Todos estos locales son testigos del meritorio trabajo para con los enfermos desplegado por nuestro biografiado junto con otros ilustres médicos alaveses como D. Antonio Tulló y Bovig, encargado del Hospital Civil, D. Miguel Cugarán y D. José Páramo. Estos doctores hacen bueno el dicho de que «cada familia es para sí, pero el cura y el médico son para todos».

Por sus innumerables desvelos durante esta epidemia, y como premio a tanto trabajo, fue propuesto D. Gerónimo a finales de 1855, para la concesión de la Cruz de Carlos III, aunque por motivos oscuros y desconocidos, no le fue otorgada.

Durante todo este tiempo, el Dr. Roure no sólo demuestra unos grandes conocimientos médicos, sino también una admirable condición humana que le granjean con prontitud toda la amistad y simpatía de sus compañeros y conciudadanos. Fue siempre de un carácter jovial y afable, de conversación amena, adornada con frecuentes agudezas y chistes, capaces de animar al más abatido y de renacer la esperanza en el más desesperado. Siempre fue un modelo de tolerancia, amabilidad y discreción para todos aquellos que con él tuvieron la fortuna de convivir. La generosidad y servicio parecían ser sus banderas, la constancia, voluntad y agudeza intelectual, sus mejores armas. ¡Cómo no iba a estar D. Gerónimo íntimamente ligado a Vitoria y a los alaveses!

En los cuatro años siguientes, y hasta 1860, el Dr. Roure dedica fundamentalmente su tiempo a dos labores: la actividad quirúrgica en el Hospital Civil, y su intensa tarea como higienista. En la primera de estas facetas, la bien ganada fama como habilidoso cirujano durante su estancia en el Hospital Militar de Zaragoza, continua incrementándose a lo largo de estos años en nuestra capital. Su labor quirúrgica dentro del Hospital Civil de Santiago Apóstol es intensa y fructífera, al mismo tiempo que se inicia en las tareas docentes para con sus compañeros. Durante los años 1857 y 1858, publica el llamado «Resumen del Servi-

cio Quirúrgico de la Ciudad de Vitoria», donde se describe su amplia y fructífera labor asistencial. Con relación al segundo de los apartados antes citados, el higienista, no cabe duda que después de la epidemia colérica de 1855 y en previsión de males mayores, no debían ser pocos sus desvelos. Gran parte de esta faceta queda reflejada en su trabajo titulado «Memoria histórica-estadística de la epidemia de cólera morbo-asiático observada en la provincia de Alava», que fue redactada por encargo de la Junta Provincial de Sanidad, y donde se proponen una serie de medidas dirigidas a la prevención de la enfermedad. En este mismo orden de cosas, y con motivo del notable incremento de casos de viruela en la capital y provincia, dedicará gran parte de su tiempo al estudio y prevención de esta antiquísima enfermedad, terreno donde demostrará de nuevo sus grandes dotes de higienista, extendiéndose su fama a lo largo y ancho de toda España y América.

Nos encontramos en una década en la que la medicina sufre una notable transformación, y a la que el Dr. Roure no sólo no es ajeno, sino que llegaríamos a decir con absoluta certeza que colaboró con ella. Son los años en los que Bowman desarrolla sus descubrimientos en torno a la histo-fisiología del glomérulo renal; la patología experimental cristaliza a pasos agigantados con los trabajos de Claude Bernard y Traube; Virchow fundamenta y potencia la anatomía patológica microscópica basándose en la llamada teoría de la patología celular; en Austria, Rokitsansky da lugar a la anatomía patológica general, estudiando lesiones orgánicas en miles de cadáveres y utilizando sus observaciones para el diagnóstico en el vivo; en fin, Deiters prosigue con éxito sus investigaciones sobre las células ganglionares. En el fondo asistimos a una medicina centrada en el aspecto morfofisiológico del organismo, eminentemente física, cuantitativa, instrumental y experimental.

Estos años son de indiscutible trascendencia para el futuro de la salud pública y de la medicina preventiva. Es también en esta década cuando la higiene pública se constituye como ciencia y quedan finalmente resueltas las doctrinas del contagio. En realidad, y como auténtico acicate para este tipo de estudios, encontramos diferentes y graves problemas sociales de este tiempo, y que, cómo no, estaban también presentes en la colectividad alavesa y a la que no era ajeno D. Gerónimo. En primer lugar destacamos los horribles desastres causados por las epidemias de cólera y fiebre amarilla, cuya descripción se nos antoja ociosa por ser de todos conocidas. En segundo término debemos destacar la proliferación de enfermedades infecciosas endémicas, algunas de las cuales se hallaban permanentemente presentes en la colectividad urbana, caso de Vitoria, y que producían año tras año una gran cantidad de víctimas. Nos estamos refiriendo a

la viruela, el tifus exantemático, la fiebre tifoidea, difteria y escarlatina. La población infantil es sin duda alguna la más afectada por estas patologías, lo que le da un carácter más trágico, si cabe, a este estado de cosas. Ello incide directamente en que las motivaciones políticas, económicas o humanitarias converjan en la reducción de la elevada mortalidad infantil. Por fin, y como consecuencia directa de la llamada «Revolución Industrial», encontramos la proliferación importante de las denominadas enfermedades profesionales o laborales.

### La consagración

Durante los últimos años de la década de los cincuenta (1857, 1858 y 1859), Vitoria y la provincia alavesa se ven afectadas de forma continuada e insidiosa por la viruela, cebándose sobre todo, como en otros muchos países, con la población infantil. Como médico titular, y más aún como higienista, el Dr. Roure siempre se sintió muy preocupado por esta situación, de acuerdo con la interpretación de sus escritos. De este modo centra su actividad, ya sea de palabra u obra, en la divulgación, concienciación y educación para la lucha contra la viruela, ya sea de las autoridades provinciales en particular y de la población en general, haciendo propio el pensamiento de Addison que dice: «lo que me queda de vida no quiero vivirlo en vano», o tal vez intentando convertir en realidad la tan conocida máxima de Sócrates en la que se afirma que «sólo hay un bien, el conocimiento, y sólo hay un mal, la ignorancia».

Como entendido en la materia que era, D. Gerónimo tenía preciso conocimiento de la aparición de la vacuna antivariolosa allá por 1798, tras los experimentos de Edward Jenner. Conocía lo mucho que tardó en generalizarse en Europa, y las epidemias que por ello no se evitaron hacia 1825 y 1840 principalmente. Cuando en 1860 es nombrado miembro de número de la Junta Provincial de Sanidad de Alava, tiene como principal objetivo la difusión de esta vacuna entre sus conciudadanos, tarea a la que dedicará el resto de su vida. Sin embargo, no por ello descuida su faceta quirúrgica, engrandecida día a día; su otra vertiente higienística, promoviendo mejoras en la ciudad como la consecución del alcantarillado; e incluso su inquietud social y cultural, generando conferencias, charlas, cursos diversos y eternas tertulias sobre los temas más variados. En 1860 publica su «Estadística Médica correspondiente a 1859», donde pueden verse plasmadas todas estas sus inquietudes.

En este escrito puede comprobarse cómo uno de sus mayores desasosiegos era el relativo a las condiciones higiénico-sanitarias de la capital, donde destaca sobremanera el inadecuado abastecimiento de agua potable a los vitorianos, y el

habitual mercado de ganado celebrado en la estrecha plazuela del Machete, cuesta de San Francisco y proximidades de la iglesia de San Vicente. El primero de estos apartados era el responsable directo de la perpetuación de inmundos caños y fuentes distribuidos estratégicamente por la ciudad, donde convivían aguas, materias putrefactas y gérmenes por doquier en todo punto inadmisibles, a la vez que generaban numerosos arroyos y charcos que si bien hacían las delicias de los niños, se convertían también en el mejor aliado de la enfermedad. La resolución de este problema se acomete merced a la participación de la empresa privada y pública en base a la conocida Traída de Aguas del Gorbea, importantísima obra concluída hacia 1885 y cuyos primeros ensayos se realizaron pocos meses antes en Abetxuko durante las fiestas en honor de nuestra Patrona la Virgen Blanca. Por lo que al mercado de ganado se refiere, nada tenemos en contra como fuente de riqueza que suponía, si bien también a él cabe asignarle un papel cualitativamente importante en la génesis de la enfermedad, pues no en vano, la cada vez mayor cantidad de animales puesta a la venta, no sólo hacía intransitables las calles por las que discurría, sino que las convertía en un auténtico basurero, amén de los numerosos sustos que producían a los feligreses de la parroquia de San Vicente, cuando alguno de estos animales, preferentemente del tipo vacuno, penetraban en el santo recinto sin previa invitación y al trote.

Durante estos años fueron muchas las veces que el Dr. Roure se quejó de esta serie de cosas, no sólo por el peligro que representaba para la salud pública, sino también por lo mucho que desdecía de la cultura y limpieza de la capital. No en vano esta zona antigua se diferenciaba cada año con mayor claridad de las nuevas edificaciones, ya que los años sesenta representaron una época de esplendor urbano y económico para nuestra Vitoria, como lo indica el hecho de la instalación del alumbrado público allá por 1862, utilizando para ello la materia prima más barata de la época, el gas.

En estos días fueron alcaldes de Vitoria D. Luis de Ajuria (1857-1858) y D. Pedro Ortiz de Zárate (1859 y siguientes), unidos ambos por una entrañable amistad al Dr. Roure, acometiéndose bajo sus mandatos notables cambios en la fisonomía capitalina. De este modo se construyó una nueva cárcel, donde hoy se encuentra el edificio del Juzgado; se mejora el antiguo teatro que databa de 1820 y que, por cierto, dio lugar a grandes disputas entre el Ayuntamiento y el Gobernador Civil en la distribución de sus palcos; se iniciaba la construcción de la calle de la Estación en previsión de la llegada del ferrocarril; aparecía el Banco de Vitoria en junio de 1864, creado bajo una base de capital próximo a los cuatro millones de reales repartidos en dos mil acciones, etc. Al mismo tiempo, los intelectuales vitorianos, y entre ellos el Dr. Roure, continúan dando serias muestras

de sus inquietudes iniciándose en estos años la aparición de una serie de publicaciones como «El Alavés», fundado en 1854 por los señores Arrese, Santa Cruz y Campano; «El Porvenir Alavés», creado en 1864 por D. Miguel Rodríguez Ferrer y continuado por D. Daniel de Arrese y D. Ricardo Becerro de Bengoa; «El Fuerista», que tuvo su aparición en 1867, etc.

Sin embargo, tres hechos ensombrecen la vida vitoriana durante este tiempo. Cronológicamente citaremos la Guerra de Africa, la viruela y la aparición de nuevo del cólera en las provincias hermanas hacia 1865. En este orden de cosas, y además de la salubridad de la ciudad, el Dr. Roure, como médico titular, se sentía especialmente preocupado por los sucesivos casos de viruela que se presentaban entre sus conciudadanos. Y es que no llegaba a comprender la insistencia con que este mal se reproducía en la provincia y por ende en la capital, a pesar de los constantes desvelos, cuidados y preocupaciones que mostraron las autoridades por este tema. Es más, la tan solicitada vacunación antivariólica de D. Gerónimo fue debidamente atendida por nuestros mandatarios provinciales y locales, y era la población misma quien hacía oídos sordos a tan beneficioso procedimiento. Así mismo, no fue mayor la atención prestada por los vitorianos a medidas tan obvias y preventivas como la higiene personal y colectiva.

Al margen de estos desmanes, la actividad humanística de nuestro biografiado enriquece también sus cualidades científicas. Lector incansable y doctocrítico, en 1864 publica su obra titulada «Biografía de Bartolomé Hidalgo de Agüero». En ella se describe, muy por encima, las vicisitudes de este hombre durante su existencia, no siendo esto más que un pretexto para desarrollar un concienzudo y juicioso examen de sus obras. Este mismo año publica un «Estudio sobre la operación del trépano desde Hipócrates hasta nuestros días», obra ésta de gran valor histórico-médico.

Por sus especiales cualidades quirúrgicas, y como Director del Hospital Civil de Santiago, la Junta Directiva del Hospital le comisiona para que en su nombre acuda a París con el fin de adquirir material de cirugía y estudiar minuciosamente la organización de la asistencia pública en Francia. A su vuelta es informado de la penosa situación en que se ven inmersas algunas provincias de la península con motivo de la aparición de una nueva epidemia colérica. Es más, Guipúzcoa y Vizcaya sufren ya durante los primeros meses de 1865 una gravosa situación por este motivo. Desde este momento el cólera se convierte de nuevo en su mayor preocupación, viéndose incrementada su responsabilidad al dejar las autoridades municipales en sus manos la defensa de la salud pública. No tarda en proponer numerosas medidas preventivas encaminadas a evitar la llegada

del mal a nuestra provincia como queda expresado en su trabajo «Para el caso de que el cólera aparezca entre nosotros». Fruto de este informe y de la experiencia adquirida en París, es también un notable proyecto de instalaciones y arreglos de salas en el hospital.

Su laboriosidad incansable le induce a publicar continuamente notables trabajos científicos en los pocos periódicos y revistas médicas de la época, verdaderos propagadores de los avances médicos. Sus artículos veían la luz en «La Ibérica Médica», «España Médica» o el «Siglo Médico». Todas las colaboraciones por él firmadas se centran de forma especial en temas quirúrgicos y de higiene pública, áreas en las que su experiencia y sabiduría son cada día mayores. Especial dedicación presta a la cirugía de la cabeza, la viruela, difteria, las parálisis diftéricas, la organización hospitalaria, y otro tipo de estudios en los que la opinión del Dr. Roure era una de las más autorizadas.

Igualmente, a mediados del año de 1866, y después de doctorarse D. Gerónimo en Madrid con la calificación de sobresaliente, nace en Vitoria «El Ateneo», conocido años más tarde como «El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Vitoria», y su creación no hubiera sido posible sin la ardua labor de nuestro biografiado. En la primavera de este año coincide con otros vitorianos en su amor a la cultura, por lo que deciden aunar los esfuerzos en un objetivo común. Este grupo de intelectuales lo forman D. Eduardo de Ordeza, D. Cristóbal Vidal y D. Antonio Pombo, catedráticos del Instituto de Segunda Enseñanza, y D. Gerónimo Roure, Director del Hospital Civil de Santiago Apostol. Desde un principio, y tras su fundación el 14 de abril de 1866, este animado y honroso centro de la cultura vitoriana contó ya desde sus inicios con un nutrido grupo de socios que superaban el centenar, amén de una bien nutrida biblioteca. Poco a poco la fama de este culto recinto se fue engrandeciendo a medida que celebraban brillantes sesiones en las que se enseñaban y discutían asuntos relacionados con todas las ramas de la ciencia y la literatura. Los primeros locales de este centro cultural fueron los donados por doña Celia Aragón de Echanove y situados en la calle Cercas Altas, concretamente en la conocida casa de Aragón, que hasta ese mismo momento había servido como Colegio de Huérfanos de Artillería. D. Gerónimo fue el primer presidente de esta entidad y como tal pronunció el primer discurso con motivo de su inauguración, escogiendo como tema «El objeto de las ciencias». El Dr. Roure ocupó este destacado cargo hasta 1872, convirtiéndose durante todos estos años en el verdadero impulsor de la Sociedad, lo que le valió a ésta su bien ganado prestigio, y a aquel, la ratificación de sus inigualables virtudes humanas y culturales, además de su condición de presidente honorario perpetuo.

A mediados de 1867, y mientras D. Gerónimo diversifica brillantemente su trabajo entre el Hospital Civil de Santiago, su lucha contra la viruela reinante y los cursos de Higiene Pública en el Ateneo, es comisionado por la autoridad municipal de Vitoria para acudir de nuevo a París con el fin de visitar la Exposición Universal y extraer las máximas conclusiones posibles en lo relativo a la sanidad e higiene pública. A su vuelta publica, en 1868, un informe titulado «Memoria acerca de los estudios practicados en la Exposición Universal de París». Este estudio puede considerarse pieza fundamental en el posterior mejoramiento de las condiciones sanitarias e higiénicas de la capital alavesa. En él, D. Gerónimo no sólo informa sobre unos muy notables progresos en la sanidad pública, sino que los describe perfectamente a la vez que sugiere su puesta en práctica en nuestra ciudad. Dedicó especial importancia al control de los alimentos; conducción y filtración de aguas, sugiriendo no emplear conductos de plomo «por ser venenosos», como hoy muy bien sabemos, apoyando la utilización de conductos de barro o hierro revestidos por dentro de vidrio o cal hidranfílica, a la vez que considera que el mínimo óptimo para cada persona y día era de 40-50 litros de agua. En esta misma línea sugiere notables mejoras para la ventilación, alumbrado y calefacción pública, basadas estas dos últimas en la combustión de hidrógeno carbonado y en el agua caliente respectivamente. Indica también innovaciones en los desagües y limpieza pública, sugiriendo la colocación de «garitas» urinarias; recalca la necesidad de adquirir bombas contra incendios y máquinas para limpiar y sanear las calles. No obstante, y sin duda alguna, donde mayor empeño puso fue en la consecución de mejoras en la salubridad de las viviendas más pobres. En otro estudio que él mismo realizó sobre este tema en esos días, comprueba cómo en calles como la Zapatería, Herrería, Cercas Bajas, Barrio de Aldave y Covachas, hay más de «15 ó 20 casas inhabitables que alojan entre 500 ó 600 personas». En esta memoria describe admirablemente y no de forma epidérmica al ayuntamiento vitoriano la relación entre pobreza y enfermedad, trasplantando y mejorando las posibles soluciones a este problema.

Qué duda cabe de que esta brillante y fructífera laboriosidad pronto hace que su fama se extienda a otras capitales del Estado y del extranjero, siendo nombrado en este mismo año de 1867 vocal de la Junta Provincial de Estadística, recibiendo pocos meses más tarde la Encomienda de Isabel la Católica. A partir de este momento no son pocas las entidades, organismos y sociedades que se lo disputan, llegando a ocupar entre otros cargos y hasta el final de sus días, los siguientes puestos: vocal de la Junta Provincial de Instrucción Pública; corresponsal de la Academia de Medicina y Cirugía de Zaragoza; corresponsal de la Real Academia de Valladolid; miembro de número de la Academia General de Ciencias y de la Sociedad Económica de Amigos del País de Córdoba; miembro ho-

norario de la Academia jurídico-práctico aragonesa; miembro de Honor y Mérito de la Academia de Profesores de Primera Enseñanza de Zaragoza; miembro de mérito de la Academia Alavesa de Ciencias de la Observación; miembro de mérito de la Academia Cervántica Española de Vitoria, de la Academia Médico-Quirúrgica de Madrid, y de la Academia Médico-Quirúrgica Matritense.

Su actividad académica, docente y profesional, siempre fue lo suficientemente intensa como para tener que robar gran parte de su tiempo al descanso, al recreo y aun a su propia familia. De esta forma pudo legarnos páginas inolvidables en las que se reflejan brillantemente todo lo que a partir de la observación y el estudio pudo arrancar a la naturaleza, ya sea sobre materias propias o ajenas a su quehacer diario, demostrando siempre ser un gran pensador y filósofo, analítico y amante del progreso y de la ciencia en general.

No cabe duda de que el Dr. Roure tuvo la suerte de asistir e incluso de participar en una de las mejores épocas de expansión de la ciudad vitoriana. Sin embargo, esta benefactora simbiosis se ve truncada con motivo de la Revolución que en setiembre de 1868 se desata en todo el territorio nacional y fraguada desde los primeros meses de 1866. Efectivamente, el desprestigio de la reina Isabel II, los problemas en América latina y Africa con guerras continuas, así como la política casi dictatorial de González Bravo, representan los elementos más impulsores y significativos para que los llamados progresistas y demócratas como Prim, Sagasta, Becerra y Ruiz Zorrilla entre otros, acordaran la Revolución de Septiembre, la cual triunfó tras el pronunciamiento del Almirante Topete en los últimos meses de 1868. Isabel II queda destronada y se exilia en Francia. Serrano preside un gobierno provisional y convoca unas Cortes Constituyentes que promulgan la Constitución democrática-liberal de 1868. Los disturbios estaban servidos. El 27 de agosto de 1870 se declara ya al país el estado de guerra y se instaura la ley marcial. En 1872 se inicia la tercera guerra carlista, proclamándose la Primera República en 1873 tras numerosos abatares. Finalmente, en 1875, Alfonso XII, hijo de Isabel II es proclamado Rey. Son todos ellos años muy duros para el Estado y para Alava.

Durante estos meses de tristeza, nuestro ilustre y docto biografiado, ya inmerso en la recta final de sus días, distribuye su tiempo entre el Hospital, atestado de enfermos y heridos de guerra, su preocupación por la viruela, donde conseguiría notables descubrimientos, la labor cultural del Ateneo y su familia.

En el primero de los casos continúa con su notable labor médico-quirúrgica en las salas y quirófanos del Santo Hospital Civil de Santiago Apóstol, sensible-

mente mejorado, tanto en material como en la calidad de su asistencia, debido fundamentalmente a la estricta aplicación de las novedades técnicas y sanitarias que el Dr. Roure tuvo a bien conocer y descubrir día a día por medio de su continuado contacto con la medicina nacional y extranjera. Fruto de esta mentalidad preventiva e higienista son varios trabajos de indudable interés científico. Así, en 1872 realiza la traducción al castellano del libro del autor francés Eugéne D'Eichthal y titulado «Higiene social. Reglamentación del trabajo de los niños en las fábricas». Ese mismo año publica el «Ensayo estadístico de la población de la ciudad de Vitoria», informe de gran importancia por su indudable aplicación sanitario-preventiva. Esta particularidad no fue obviada por las autoridades sanitarias provinciales y nacionales, valiéndole la condecoración del Gobierno denominada Real Orden de Gracias. En 1873, y tras nuevos viajes a la capital francesa, publica un «Estudio sobre los hospitales de París: su organización, resultado de la asistencia y comparación con los de España». Sus conclusiones no tardan en aplicarse en nuestra ciudad, contribuyendo una vez más con ello a situar a Vitoria dentro de la vanguardia del Estado en el orden sanitario. En 1876 escribe otro gran estudio titulado «Importancia de la higiene pública y sus progresos en el presente siglo», que sería sin duda alguna obra de consulta en las aulas de medicina, de no haber quedado inconclusa por sorprenderle la muerte a su creador.

En el ámbito docente destaquemos la labor desarrollada en el Ateneo vitoriano, donde imparte clases semanalmente de los más diversos cursos y contenidos, de entre los que podemos destacar los celebrados durante los años 1871 y 72, con títulos tan sugestivos como «La unidad de la especie humana», «La embriaguez», «Higiene social», «El matrimonio», «Crónica científica y profesional», «Sociedad para el fomento de las ciencias», «Enseñanza de la higiene en los liceos», «Proyecto de enseñanza media», «Sociedad Protectora de Animales», «Los lepóridos», «El hombre mono» y «Establecimientos de aguas minerales». Del mismo modo, y ya en las aulas del Hospital, explica cuando menos durante tres años consecutivos lecciones correspondientes a la por entonces tan difícil clínica-quirúrgica, dotando sus enseñanzas de un gran sentido crítico, adelantándose en el tiempo al pensamiento de Ortega y Gasset cuando dice «siempre que enseñes, enseña a la vez a dudar de lo que enseñas». En sus lecciones recoge minuciosamente todas las características a tener en cuenta en los temas más interesantes de esta materia. Estas lecciones fueron recogidas en numerosas ocasiones por las revistas médicas más prestigiosas de la época como «El siglo médico» o «España médica».

Sin embargo creemos que lo que verdaderamente constituyó su actividad fun-

damental durante estos sus últimos años fue el estudio y puesta en práctica de una eficaz lucha antivariólica. Su fe en la vacuna antivariólica era absoluta tal y como le demostraba la experiencia diaria. No obstante, no disponía de medios económicos ni materiales para difundirla de una forma generalizada, y por otra parte las autoridades provinciales tenían su pensamiento durante estos días tan turbulentos en otros temas. Sin embargo, su trabajo, ingenio y constancia se agrandaron entre las dificultades. De este modo, en marzo de 1873 y muchos meses antes de la llegada a Madrid del director del Instituto de Vacunaciones de París, Dr. Lanoix, con el fin de enseñar el método de vacunación antivariolosa a los facultativos españoles, ya en Vitoria el Dr. Roure difunde la vacuna entre sus conciudadanos mediante la obtención de linfa de ternera a la que previamente se le habían implantado costras con el virus de la viruela y que desde La Habana le había remitido su ilustre colega el Dr. Vicente Luis Ferrer. ¡Es admirable!. No sólo se adelanta años a muchos médicos en el manejo de la vacuna contra la viruela, sino que además es uno de los primeros en practicarla de forma generalizada. En este orden de cosas, y con la ayuda de los doctores José Páramo y Claudio Claramunt, vacuna a muchos niños vitorianos, mientras que bajo su inspección hacen lo propio en la provincia sus colegas los doctores Landazábal y Ladrera. El Gobernador Civil, Diputados provinciales, alcaldes, concejales y funcionarios públicos, son los primeros en vacunarse con el fin de inducir al vecindario tras sus pasos. El Dr. Roure era partidario de la adopción incluso de medidas más directas con el fin de empujar a la ciudadanía hacia una medida tan eficaz y preventiva como ésta. Llegó incluso, alertado por su celo higienista, a sugerir a las autoridades medidas tan radicales como las llevadas a cabo en Inglaterra, donde «nadie podía obtener el más modesto destino, engancharse como soldado, ser criado, operario en muchas fábricas, ni siquiera admitido en algunos hospicios y refugios, si no está vacunado y exhibe la cédula que lo certifica».

Desde los últimos meses de 1873, hasta septiembre de 1976, D. Gerónimo realiza cerca de 3.000 vacunaciones, gracias a lo cual se consigue la inmediata desaparición de algunos brotes epidémicos. A la vista de tan beneficiosos resultados, en este mismo año la Junta Provincial de Sanidad propone a la Excelentísima Diputación la creación de un Centro de Vacunaciones, propuesta en la que mucho tiene que ver el magnífico estudio realizado por los doctores Roure, Páramo y Claramunt bajo el título «Informe presentado a la Junta Provincial de Sanidad sobre la historia de la viruela en Vitoria y Alava». Tras la presentación de este informe y ante la evidencia de sus beneficiosos resultados, la Diputación accede a lo solicitado y se establece el Centro de Vacunaciones en la Casa Palacio de la Provincia bajo los auspicios de ella misma y del Ayuntamiento vitoriano. En un principio son estos mismos doctores quienes se encargan de forma total-

mente desinteresada de la parte técnica. Los más asiduos visitantes eran los niños, muchos de los cuales se sentían extrañados e incluso atemorizados cuando en un pequeño despacho se encontraban en compañía de una ternera. Y es que el método empleado tenía tanto de eficaz como de curioso, observado un siglo después.

Efectivamente, el Centro adquiriría por módicos precios, entre 5 y 10 pesetas, terneras sanas a las cuales se le realizaban varias incisiones en lugares distintos con el fin de introducir en ellas costras producidas por el virus de la viruela en otros animales. Días más tarde, y una vez que estas costras habían prendido en la res, se procedía a la extracción de la linfa en el mismo momento de la vacunación. Para ello diariamente se colocaba a la ternera «en una camilla sin acolchar y en la que no era fácil colocarla cómodamente y sobre todo al prolongarse las sesiones». La linfa se obtenía con el empleo de lancetas y se depositaba sobre cristales para ser inoculada de inmediato.

Este organismo, el Centro de Vacunaciones vitoriano, será a partir de este momento y durante muchas décadas, el punto de mira de gran número de estudiosos e investigadores en este tema. Primero la vacuna antivariolosa, luego la antirrábica, más tarde la vacuna anticolérica,... ¿Y quién fue su creador e impulsor?. El Dr. Roure. Esta fue su última gran batalla ganada, contribuyendo sobremedida a vencer en la guerra contra estas patologías.

D. Gerónimo Roure y Fernández, ante el dolor, admiración, respeto y tristeza de sus coetáneos, falleció en Vitoria el día 16 de octubre de 1876, reposando sus restos en el Cementerio de Santa Isabel, dentro del panteón familiar y situado en la calle San Vicente. Sin embargo, entre nosotros y futuras generaciones perdurarán sus obras, escritos y pensamientos.

Permitidme que sirvan estos párrafos a modo de pequeño homenaje a este notable e inolvidable alavés, al mismo tiempo que a las gentes que hicieron posible que durante la centuria pasada, nuestra ciudad fuera conocida como la «Atenas del Norte», al mismo tiempo que nuestra provincia se identificaba como la vanguardia social, cultural, económica y sanitaria de Euskal-Herria y del Estado. Considero un deber reverdecer, y en su caso mantener, estos laureles. Pero si alguno vacila, no dude en recordar que «la más larga caminata comienza con un paso» y «que el presente es lo principal del futuro».

Mila ezkerrik beroenak etortzeagatik.

#### TRABAJOS DE INGRESO PUBLICADOS

- 1.—«Un galeón vasco hundido en Bahía Roja» Amelia Baldeón Iñigo
- 2.—«Botánicos alaveses» Venancio del Val Sosa
- 3.—«La heráldica en Vitoria» Juan Vidal Abarca López
- 4.—«Música y Músicos en el País Vasco, hasta el siglo XIX» Emilio Ipinza Gil
- 5.—«El paisaje alavés y sus habitantes» José Ignacio Vegas Arámburu
- 6.—«Obra 1960-1980» José Gabriel Aguirre Alvarez de Arcaya
- 7.—«El hombre y el absoluto en diálogo, según el pensamiento de José Manzana» Antonio Ortiz de Urbina Basabe
- 8.—«Wentworth Webster, vascófilo, fuerista y etnólogo» Rosa M<sup>a</sup> Agudo Huici
- 9.—«Vicente Goicoechea en la renovación de la música religiosa» Sabin Salaberri Urcelai
- 10.—«Aportación para una historia crítica de la nueva canción vasca» Gorka Knörr Borrás
- 11.—«La ilustración en Alava» Luis María Areta Armentia
- 12.—«Cien años de la vida vitoriana: 1883-1983» Luis Angel de Apraiz Oar
- 13.—«La fiesta, cauce y expresión de la comunidad» Cayo Luis Veá Murguía
- 14.—«Mateo de Moraza, fuerista y profeta en su tierra» José M<sup>a</sup> Sedano Laño

- 15.—«El proyecto político de Alfonso X el Sabio y su repercusión en Alava» César González Mínguez
- 16.—«Las necesidades públicas y modo de subvenir las» Miguel Zurita Sáez de Navarrete
- 17.—«4 músicos en Tolosa: Vicente Goicoechea, Felipe Gorriti, Eduardo Mokoroa e Ignacio Mokoroa» Nemesio Bello Portu
- 18.—«Qué es ser comerciante» Ceferino Zulaica Beltrán de Lubiano
- 19.—«Lenguaje poético y arte» José Luis De las Heras Sánchez
- 20.—«Los vascos en Argentina» Javier Cameno González
- 21.—«Los libros en la documentación del occidente de Alava, durante la Alta Edad Media (Siglos IX al XII)» Saturnino Ruiz de Lóizaga Ullívarri
- 22.—«Dos siglos de prensa en Alava» Alberto Suárez Alba
- 23.—«Maestros de capilla y organistas de la colegiata y catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz» Rafael Mendialdúa Errarte
- 24.—«El vino de la Rioja Alavesa desde el siglo XVIII hasta nuestros días» Gabriel Chinchetru Fernández de Alegría
- 25.—«La comunicación: del Conde de Peñafiorida a la Radio» María Cristina Fructuoso Ruiz de Erenchun
- 26.—«El barro» María Mercedes Vegas Aramburu
- 27.—«La vanguardia de los años sesenta: Escuela Vasca de Pintura» Joaquín Fraile Mariñelarena
- 28.—«Apuntes sobre la Economía Alavesa 1955-1975-1985» Carlos Hernáez Ramírez
- 29.—«Aspectos sobre la moda e indumentaria en el siglo XIX» Juan José Urraca Tejada
- 30.—«Dibujos y bocetos de todos los pueblos del Alava actual, incluido Treviño y dos temas inconclusos: Ermitas de Alava y cimas de montes alaveses» José Miguel Jimeno Mateo
- 31.—«Fósiles, arqueología, tradición e historia de Pipaón» Pilar Alonso Ibáñez

PATROCINADO  
POR EL GOBIERNO VASCO

